

# Otro escritor se atreve a citar a "los miles de desaparecidos"

por Gregorio SELSER

Desde hace algún tiempo, hay en Argentina un cierto tipo de expectativa: las cosas "cambiarán" cuando el teniente general Roberto Viola reemplace al teniente general Jorge Rafael Videla, el domingo 29 de marzo próximo.

Por alguna razón escasamente demostrable en los hechos, al menos los hechos pasados, se supone que Viola es "democrático" o en el mejor de los casos "más democrático" que Videla, lo cual requeriría, para poder serlo, el trayecto en milímetros que pudiesen recorrer hormigas o tortugas. De donde es posible que haya surgido, junto con otros factores, ese perceptible aflojamiento en determinados sectores hasta ahora objeto de los más férreos controles y censuras, los de la cultura y el arte. De ese aflojamiento son quizás síntomas las crecientes denuncias públicas de personalidades como Jorge Luis Borges y Ernesto Sábato, en relación con lo que sigue siendo el tema tabú en la Argentina de los militares y los clérigos; el de los millares de desaparecidos políticos.

Peor que los controles y censuras impuestos, fue la autocensura que, con excepciones que no son más que los dedos de una mano —y hasta quizás sobran dedos— funcionó con rigor extremo en la prensa argentina. El terrorismo de Estado cobró así su mayor presa sin otro disuasivo que el fundado miedo impuesto a la nación toda. De esa autocensura al parecer se está saliendo de a tramos.

La presente contribución a esa Argentina que se está des-terrorizando, importa como síntoma y como testimonio vital. De ahí que la transcribamos en toda su extensión.

## LA LITERATURA DIVIDIDA

por Luis GREGORICH

Una tática alternativa parece rondar nuestra literatura en estos últimos años. Los terribles tiempos de violencia que vivió la sociedad argentina devastaron, no sólo cuerpos e ilusiones materiales, sino también la capacidad de juzgar matizadamente. Quien se instala en una de las opciones excluye a la contraria: inmoral por definición, el enemigo no merece siquiera ser tomado en cuenta, carece de estatuto humano.

Por un lado se sostiene que la literatura argentina que se produce en el país está muerta, y que únicamente los escritores exiliados mantienen viva la llama de la tradición creadora. Se han organizado diversos festivales del libro argentino en el destierro, con apreciable cantidad de obras editadas —sobre todo— en España y México, y se ha querido contrastar esta nada desdeñable proliferación con el estrechamiento del mercado nacional, acosado por el vaciamiento cultural, el auge del "bestsellerismo" y la avasallante presencia extranjera.

## DE EXILIOS Y EXILIADOS

Los escritores que se quedaron en el país no son tan pesimistas respecto de sí mismos. Su punto de vista es que los exiliados —políticos y no políticos— no son muchos y tampoco muy representativos y que la literatura que se ha seguido produciendo y consumiendo entre nosotros tiene, pese a las dificultades, calidad y cantidad aceptables. Después de todo, ¿cuáles son los escritores importantes exiliados? Julio Cortázar, pero su exilio no data de 1976, sino de más de un cuarto de siglo atrás.

Debe admitirse que, desde una perspectiva numérica, el último razonamiento es el más cercano a la realidad. En efecto, una amplia mayoría de los escritores argentinos continúa viviendo en la Argentina. No han estado directamente envueltos en los enfrentamientos de los últimos años, y por añadidura experimentan desde hace tiempo una fatiga y una frustración políticas que sólo pueden compararse con la ambigüedad de su papel social y las penurias de su realización económica: es injusto exigirles, por tanto, que abandonen el aire mismo en que florece su vocación: el contacto inmediato con su lengua y su gente. Por otra parte, lo que decide es una situación de hecho: familia, trabajo, edad, raíces que no pueden arrancarse. Y si es cierto que, en conjunto, la reciente producción literaria local apenas sobrevuela una discreta medianía, tampoco las obras publicadas en el destierro, por lo que hemos llegado a leer, se aproximan a un nivel magistral. La obsesión documental y las identificaciones maniqueas sirven para una expli-

cable catarsis personal; sin embargo, su condición artística es limitada y aún su valor de denuncia se diluye al estar sustraído de sus destinatarios naturales, es decir, los lectores argentinos.

Ahora bien, este triunfo a lo Pirro, esta supremacía aritmética de los escritores residentes sobre los escritores argentinos exiliados, no excluye el surgimiento, aquí y allá, de una crisis ideológica y estética, ni permite silenciar el hecho de que, por lo menos en algunos sectores de nuestra vida literaria, los años de violencia transcurridos han impreso un sello de cuarentena y despoblamiento.

## LA GENERACIÓN DE 1955

La situación es particularmente sensible —para ceñirnos a un solo género— en el grupo "medio" de la narrativa, constituido por aquellos escritores cuyas edades oscilan, más o menos, entre los 45 y los 55 años, y que, además de los méritos intrínsecos de sus obras, importan como "nexos" entre los jóvenes y los viejos: entre lo que brota y lo que ya está cristalizado. Por una simple comodidad clasificatoria, podría agruparse a estos escritores en la "generación de 1955", dado que la mayoría de ellos —aunque no todos— comenzaron a publicar sus libros hacia esa fecha, y puesto que la caída del peronismo fue, seguramente, el hecho histórico que avivó su conciencia política y el problemático trance que los obligó a repensar el país.

Una simple enumeración resulta significativa. **Haroldo Conti**, el autor de *Sudeste, Alrededor de la jaula, En vida y La balada del álamo carolina*, y **Rodolfo Walsh**, el autor de *Operación Masacre, ¿Quién mató a Rosendo?, Los oficios terrestres y Un kilo de oro*, figuran entre los miles de desaparecidos de los años recientes, y nada autoriza a pensar que estén con vida. La lista de exiliados —voluntarios o no— es más larga. Incluye a **David Viñas**, una suerte de "líder generacional", espoleado a la vez por la omnipotencia intelectual de Sartre y el deliberado vitalismo de Hemingway, y que también ha hecho una decisiva contribución al campo de la crítica. A **Antonio Di Benedetto** —durante mucho tiempo preso en Mendoza y La Plata—, el sagaz novelista histórico de *Zama* y el imaginativo cuentista de *El juicio de Dios y Absurdos*. A **Pedro Orgambide**, que asimismo sobresalió por una extensa tarea de periodista y ensayista. A **Humberto Costantini**, el cuentista urbano y patético de *Un señor alto, rubio, de bigotes y Hábleme de Funes*. A **Daniel Moyano** —detenido en forma fugaz en La Rioja—, sutil creador de un espacio narrativo mítico y entrañable en *Artistas de variedades, Una luz muy lejana, El fuego interrumpido, El oscuro, El estuche del cocodrilo*. A **Hector Tizón**, el transformador del regionalismo, el narrador "de la frontera" con *Fuego en Casabindo, El cantar del profeta y el bandido, El jactancioso y la bella y Sota de bastos, caballo de espadas*. Y a **Manuel Puig**, el auténtico renovador de la novela argentina con *La traición de Rita Hayworth, Boquitas pintadas, El beso de la mujer araña y Pubis angelical*.

## ¿POR QUÉ?

Por supuesto que otros exponentes de esta generación, tempranos o tardíos, han continuado viviendo y escribiendo en la Argentina. Bastaría mencionar a algunas de nuestras mejores escritoras, como **Beatriz Guido, Syria Poletti, Marta Lynch y Elvira Orphée** (aunque esta última, por ejemplo, haya tenido que publicar en el exterior su último —y muy notable— libro de cuentos), y, entre otros, a **Juan José Manauta, Marco Denevi, Federico Peltzer, y Jorge Riestra**. Pero incluso estas presencias aluden a las ausencias: ambas son las que forman, irremplazablemente, el cuadro total.

¿Por qué? —la pregunta es inevitable— las bajas han sido tan marcadas en este grupo y no en otros? Sería demasiado fácil atribuirlos a una militancia política. Sólo unos pocos de todos los escritores muertos o exiliados, la reivindicaron expresa y claramente. Y aunque todos la hubiesen compartido, ¿por qué fueron, precisamente, ellos? Quizá haya que atribuir un papel, en tal interrogante, a la actual y aún no resuelta discusión sobre la índole del texto narrativo, a la vez comprometido y pasatista, testimonial y estético, redencionista y gratuito. Más decisiva todavía fue, como queda dicho, la dolorosa y frustrada experiencia de participación política y social que esta generación desanduvo en los últimos veinticinco años. Eran otros, no ellos, los que tenían el poder y la fuerza.

## LOS QUE SE FUERON, LOS QUE SE QUEDARON

¿Qué será ahora, qué está siendo ya de los que

se fueron? Separados de las fuentes de su arte, cada vez menos protegidos por ideologías omni-comprendidas, enfrentados a un mundo que ofrece pocas esperanzas heroicas, ¿qué harán, cómo escribirán los que no escuchan las voces de su pueblo ni respiran sus penas y alivios? Puede pronosticarse que pasarán de la indignación a la melancolía, de la desesperación a la nostalgia, y que sus libros sufrirán inexorablemente, una vez agotado el tesoro de la memoria, por un alejamiento cada vez menos tolerable. Sus textos, desprovistos de lectores y de sentido, recorrerán un arco que empezará elevándose en el orgullo y la certeza y que terminará abatido en la insignificancia y la duda.

Pero al mismo tiempo, ¿qué será de los que se quedan, de los que nos quedamos? El escenario, en apariencia, no ha cambiado: los escritores escriben y publican, las librerías están abiertas y los lectores, aunque más tímidamente que en el pasado, leen a quienes les hablan en su propio idioma. Sin embargo, todo ha cambiado. Como en 1880, como en 1916, como en 1930, como en 1945, el país ha sufrido un sacudimiento que sólo muy lentamente podrá ser asimilado y traído hasta la conciencia. Y así como los escritores desterrados, unilateralmente, convierten a sus obras en la escena donde combaten dioses y demonios, así los que se han quedado no pueden evitar que predomine un espacio de creación y lectura en el que no hay ni combate, ni cielo, ni infierno.

Nada es ilícito en literatura, nada debe ser reglado o prefijado. Pero si hay un punto de confluencia en que puedan reunirse los que están afuera y los que están aquí, si hay un legado que los escritores desterrados pueden dejar a los escritores que se quedaron, seguramente será —al margen de sus fracasos literarios y de sus abusos ideológicos— su maníaca preocupación por el país y su resistencia a aceptarlo tal cual es, o parece ser. La realidad no es inocente, nos dicen los hombres del '55, y es un interesado velo el que produce semejante ilusión mistificadora. Y en los años que vienen será muy necesario recuperar esa tradición tan argentina de cuestionamiento de legitimidad, ese espíritu crítico que va de Sarmiento y José Hernández Martínez Estrada, Scalabrini Ortiz, Jauretche y Sebrelli (la mezcla es deliberada), y que últimamente parece haberle dejado el campo libre al miedo, al conformismo y a la indiferencia.

Hasta aquí Luis Gregorich. El texto que se publicó en la sección "Cultura y nación" de *Clarín de Buenos Aires*, el 29 de enero de 1981, promovió sin duda un indispensable debate dentro y fuera de la Argentina, tanto más necesario cuanto que han sido escasas las oportunidades en que, sobre todo los intelectuales que permanecieron en el país, asumieron como lo acaba de hacer Gregorich, el valeroso deber de su planteamiento.

Seguramente no le ha resultado fácil, habida cuenta de circunstancias que por sabidas no requieren abundamiento. La misma necesidad de repetidas lecturas del texto en cuestión, para poder salvar ambigüedades, sobrentendidos y hasta obligadas concesiones formales y de fondo en que a ratos incurre el autor, son índice de que a despecho de posibles liberalizaciones recientes, no todo se puede decir aunque mucho quede implícito. Un reciente intercambio de opiniones, una de cuyas partes fue el obligado Julio Cortázar, abordó el tema del vaciamiento cultural argentino resultante del cuartelazo de marzo de 1976. Gregorich ha dado un valeroso paso más, al mencionar con nombres propios a dos escritores "malditos" para los militares, Haroldo Conti y Rodolfo Walsh. Al hacerlo, viviendo como vive en Buenos Aires, ha añadido otra imposterizable referencia "los miles de desaparecidos de los años recientes". ¡Ojalá nada le ocurra a él por ser tan expresivo! Pero es justamente este tipo de esperanzas y bendiciones que los que por una u otra razón debimos irnos, en relación con los que por una u otra razón se quedaron, la que ilustra la distancia que media entre categorías mencionadas por Gregorich: las que separan a quienes optaron por una creación en la que "no hay ni combate, ni cielo, ni infierno" y la de otros que siguen rehusándose al "conformismo y la indiferencia" porque aunque no estén allí, persiste en ellos la "maníaca preocupación por el país". El tema exige nuevos deslindes.